

A DIOS.

SONETO.

Para hablarme de Dios todo era nada,
Manuel G. Prieto.

Ví al mar que allá sin límite estendia
 Sus gigantescas olas con fiereza,
 Pero entrever no pude tu grandeza,
 Yo mas grande que el mar te comprendia.
 Ví al sol lleno de luz al medio dia
 Que le aclamaba rey naturaleza,
 Pero nada era el sol á tu belleza,
 Mas bello aún, mas bello te sentia.
 Ni el monte audaz, ni el temporal deshecho,
 Ni del desierto la gigante palma
 Comprendian á Dios, todo era estrecho.
 Pero sentí el amor, perdí la calma,
 Y al amar á mi amor dentro del pecho
 Algo sentí de Dios dentro del alma.

México, Setiembre de 1869.

EL JUDIO ERRANTE.

AL DISTINGUIDO POETA CASIMIRO COLLADO.

Se arroja de las peñas con estruendo
 La agua de la Tzaráracua imponente
 Como rival del Niágara tremendo:
 Sus columnas gigantes
 Caen y forman irritado rio.
 Se estremece la tierra y el rocío
 Baña peñascos y árboles distantes.
 Mil chorros acompañan su caída
 Del uno y otro lado
 Reflejando vistosos reverberos;
 Parece un rey que marcha rodeado
 En todo su esplendor de sus guerreros.
 Contemplando su espléndida hermosura
 Un hombre se encontraba
 Apoyado en un árbol giganteo,
 En desórden la antigua vestidura,
 Crecida barba y cabellera, y lleno
 De polvo y lodo su calzado hebreo.

Siempre así. Como tú, jamás reposo
Así exclamó: cansado peregrino
Sigo siempre un camino borrascoso:
Y término no tiene ese camino.

Estoy ya muy cansado,
Se doblan mis rodillas

Al peso de mi cuerpo fatigado;

Me hastía mi tormento,

Me entristece la suerte.....

He llamado á la muerte

Y venir no ha querido á mi llamado.

Me asusta el porvenir. ¡Conque de nuevo

He de cruzar desiertos arenales,

De nuevo en vano buscaré una fuente

Y un sol de fuego agravará mis males?

¡Cruzaré nuevamente

Cansado de dolor un suelo impío,

Los lábios de ardor llenos,

Agotada hasta el fin la fuerza mía,

Por horrorosa sed? Ahora á lo menos

Tú me das agua, ¡oh Dios! y yo insensato

Te la negué una vez.

Horrible día.

Por mis puertas pasaba

El pueblo enfurecido.

Soldados, armas, fuerte gritería,

Un reo y abrumado de dolores.

Al patíbulo infame conducido,
Y allí mezclados en alianza impía
El pueblo y los soldados vos presores
¡Ay! desgraciada la nación judía!

MI alma se heló de espanto
Al conocer al sin igual profeta
A quien las turbas aclamaban santo,

Y el que..... tengo esa tarde bien impresa

En Naim poderoso

Ante mi hermana de dolor inerte,

Con sus palabras obligó á la muerte

A devolver la arrebatada presa

Ante mí se paró: Tengo sed, dijo.

Me enterneció su voz y su demanda,

Pero al pueblo temí que lo maldijo,

Y anda, le dije, anda.

Fijó en mí la mirada, y erizarse

Sentí el cabello, y al temblor violento

Mi cuerpo recorrer. Bajé los ojos,

Me pesó haber nacido,

Y si hubiera podido,

Postrado caigo ante sus pies de hinojos.

El, aunque el pueblo lo iba atropellando;

Me vió otra vez, detúvose un instante,

Y bañando una lágrima el semblante:

Anda, me dijo, y continuó marchando.

Y anduve. Fuerza incógnita y violenta
 Que me arrastraba á mi pesar sentia:
 Mi pié retroceder en vano intenta,
 Siempre mis ojos en mi casa fijos,
 Y cada vez mas lejos percibia
 Que el menor de mis hijos:
 Padre, padre, llorando repetia.

Y anduve siempre. A mi pesar movida
 Mi planta no queria detenerme.
 Salí por fin de mi Salem queridísima
 Mi exceso de dolor me figuraba
 Que estaba sin moverme
 Y la ciudad á mí me abandonaba.

Vuelvo á verla otra vez y mas me aflijo
 Sus torres una á una contemplando,
 Y al ver que sin cesar se iba alejando,
 Me eché á llorar tambien como mi hijo.

De repente la tierra
 Se estremeció; temblaron los collados,
 Se inclinó el alta sierra,
 Los cedros sacudidos se quebraban;
 Cual ébrio que se inclina á todos lados,
 Vacilaba el Carmelo;
 Se creyera que el mundo terminaba
 Y que de sí colérico arrojaba
 Las peñas y los árboles al suelo.

Se apagó el sol en la mitad del dia
 Como lámpara herida por el viento,
 Y las estrellas todas percibia
 Que sembraban el negro firmamento
 Como manchas mas negras todavía.

Yo temblaba tambien. Al dolor fiero
 Terrible espanto sucedido habia;
 Creí que era mi dia postrimero,
 Y yo así lo anhelaba.....

¡Oh, Señor! lo anhelaba y lo temia.
 Pero siempre lloraba.

De repente á mi oído
 Cual pasos de hombres, niños y mujeres,
 Llegó confuso ruido,
 Y entre la oscuridad percibir pude,
 Que hacía mí muchas gentes se acercaban;
 Pero ví de pavor estremecido,
 Que los que así llegaban
 Ya mucho tiempo presa de la muerte
 Al lado de sus padres descansaban.
 Mi madre entre ellos..... yo tendí las manos,
 Mas su mirada rebosando de ira
 Me rechazó inclemente.
 Ella se fué acercando, y con su voz terrible,
 En otro tiempo para mí tan blanda:
 Anda, me dijo, anda.
 Y en las tinieblas continué marchando.

De cansancio abrumado y de fatiga
 Me halló la nueva aurora;
 Se ocultó el sol; la noche
 Llegó para los otros bienhechora,
 Y otra vez y otra vez el sol volvía
 Y la noche llegaba,
 Y yo, infeliz, ni en la mitad del día
 Ni en la tranquila noche descansaba.
 Mis plantas se abrasaron
 Del gran desierto en la tostada arena;
 Las fuentes de mis ojos se secaron
 Al rudo golpe del dolor violento,
 Y el cruel remordimiento,
 Y la angustia y la pena
 Y hasta la vida, ¡oh Dios! me atormentaron.
 Llegué al fecundo Nilo,
 Y allí sus juncos mi tristeza vieron.
 El chacal y el horrible cocodrilo
 Mis pisadas sintieron;
 Yo al momento detuve
 Mis pasos, y su cólera me atraje;
 Alzaron la cabeza,
 Me miraron airados con fiereza,
 Hasta mí se vinieron
 Ahullando de coraje,
 Y sin hacerme daño se volvieron,

¡Oh, cuán crueles! De mi pecho airado
 Hondos suspiros arrancó la ira,
 Y corrí desalado,
 Como el que atormentado
 Por las legiones de Luzbel se mira.
 Mi cabello mesaba enfurecido
 Y la mejilla por mi mano hería,
 Las manos enlazaba,
 Y los brazos llorando retorcia.
 Yo me causaba horror y yo me odiaba.
 ¡Ay! perdí en aquel día
 La esperanza tan dulce de la muerte,
 Y en mis angustias y en mi mal tan fuerte,
 Morir pensaba, porque no moría.
 Maldito, así exclamé, maldito siempre
 El instante en que fuera concebido,
 Y aquella infausta noche en que dijeron
 Que yo había nacido.
 Que ese día se vea
 En tinieblas y muerte oscurecido,
 Y en el tiempo jamás contado sea.
 ¡Por qué salí con vida
 Del claustro maternal entre miserias
 A arrastrar la existencia maldecida?
 ¡Ay! ¿por qué no mi padre
 La muerte me hizo dar sin que naciera,

Y que mi misma madre
 Mi sepultura fuera?
 Diciendo así, corrí por la llanura,
 Dejé atrás la colina,
 Y el monte pedregoso y elevado,
 Como presa infeliz de la locura.
 Yo no sé cuánto tiempo
 Duré en aquel estado;
 Cuando cobré la calma,
 Me encontraba sentado
 Y llorando, á la sombra de una palma.

Después de haber sufrido
 Penas que mi alma ahora
 Ni á comprenderlas ya siquiera alcanza;
 Después de haber perdido,
 De morir la esperanza;
 Salí como mis padres del desierto
 Después de cuarenta años,
 Y retorné á las playas del Mar Muerto.

Volví á Jerusalem..... no lo creía,
 Y su triste recuerdo aun me arredra;
 Mi querida ciudad ya no existía!
 Y no había ni piedra sobre piedra!
 Ni sus calles siquiera conocía,
 Ni el lugar por el templo abandonado,
 Ni pude conocer aquella estancia

Que yo había entre lágrimas dejado;
 La casa de mi padre y de mi infancia.
 Pasaba la mirada estremecido
 Por todas sus colinas.....
 No hallé en ese lugar tan conocido
 Nada..... tan solo ruinas.

¿Cómo estaba sentada solitaria
 La gran ciudad ayer omnipotente
 Que hizo al soberbio mar siervo obediente
 Y á la tierra su humilde tributaria?
 Yo la vista tendía
 Por la colina del Cedron enhiesta,
 Y en sus caminos, ¡ay! nadie venía,
 Nadie venía á celebrar la fiesta.
 No siente tal terror el marinero
 Si el rayo de Jehová su barca inflama,
 Y le viene á anunciar su fin postrero
 La muerte que se cierne entre la llama,
 Cual el terror que entonces
 Se apoderaba de mi sér entero.

¿Conque no existe Sion! ¿Se ha arrepentido
 Jehová de sus promesas
 Cual de crear al hombre fementido?
 ¿Cómo se cumplirán las profecías,
 Si estoy mirando el templo derribado
 Que se había de ver santificado
 Con la santa presencia del Mesías?

¡Cómo vendrá de Edom como si hubiera
 Salido del lagar? ¡Dónde las calles
 Por do teñido en sangre entrar debiera
 Y no pude llorar, y mi garganta
 No dió paso al gemido.
 Mis ojos en la tierra se clavaron,
 ¡Ay! tierra que fué santa
 Cuando era el pueblo del Señor querido.
 Inmóvil me quedé; pero de pronto,
 Que el espanto sentí me estremecía,
 Y se heló mi alma entera,
 Y es que el sitio do estaba conocia,
 El sitio mismo do mi casa fuera.
 Pensé en el gran profeta, y al momento
 Oí su voz..... temblé y alzé los ojos;
 A nadie ví, pero caí de hinojos;
 Era su voz, su voz, su mismo acento.
 ¡Ay! lo mismo que entonces
 Repitió su órden con poder divino,
 Y lo mismo que entonces, tristemente
 Incliné al pecho la abatida frente
 Y seguí mi camino.
 ¡Cuántos fueran mis días
 Si los contara yo por mis tormentos
 Y por las ansias mías!
 Mas ninguno de tantos sufrimientos
 Ninguno cual la pena horrible y fiera

Que en Patmos... Me estremezco al recordarlo
 ¡Yo no creía que posible fuera
 Un dolor tan terrible
 Que á mis dolores todos excediera!
 Una noche..... la luna se ocultaba
 En tempestuosas nubes;
 Gruesas gotas caian;
 Airados los relámpagos lucian,
 Y el trueno retumbaba.
 Allí la mar que azota enfurecida
 La roca. Allí la selva
 Que su ramaje el huracan disputa,
 Una hondonada oscura y escondida,
 Un cerro y una gruta.
 Entré en ella; un anciano
 A sus hijos que hallábanse de hinojos
 Los misterios contábales del cielo.
 ¡Ay! también á mis ojos
 Su voz arrancó el velo:
 Cuando el agua negaba
 Al gran profeta en mi dureza impía,
 Era el hijo de Dios quien la pedia,
 Era el mismo Jehová que suplicaba.
 Salí de allí espantado,
 Lloré cual nunca con tristeza suma,
 ¡Oh terrible verdad que me estremece!
 Que mi alma abate y que mi sér abruma.

Pero no; que aunque espante á mi conciencia
 Mi crimen infinito,
 Dios siempre ha sido bueno;
 No ha de haber olvidado su elemencia.
 El, del primer culpable
 Y de David el rey de crimen lleno,
 No perdonó el delito?
 Es grande mi pecado
 Y su recuerdo sin cesar me aterra;
 Pero tú escuchas al que te ha implorado:
 ¡Perdon, Señor! y se postró en la tierra.
 Un trueno al punto en el sereno dia
 Se oyó espantoso y pronlogó su estruendo,
 Y cual si de ese trueno un eco fuera,:
 "Anda," una voz terrible
 Entre las rocas, "anda," repetia.
 La escuchó el peregrino,
 Se paró; tristes lágrimas vertiendo,
 Y siguió su camino.
 Y la cascada continuó corriendo.

NAPOLEON A KOSCIUSCO.

SONETO.

Vé á tu Polonia; al pié del enemigo
 Enemigo extranjero, está doliente;
 Y tú serás, Kosciusco delincuente,
 Si inerme sigues, de su mal testigo.
 Ella te ama y vencerá contigo.
 Dispon pues, de mis armas, de mi gente.
 Ve cual conquistador, ponte á su frente,
 Seré su protector, seré tu amigo.
 ¡Oh, no, señor! responde en su hidalguía
 Al grande Bonaparte el gran guerrero:
 Caí luchando por la patria mia;
 Pero entregarla á vos, César, no quiero.
 La libertad yo mismo perderia,
 Y ella tuviera de amo á otro extranjero.

VOLTAIRE.

SONETO.

AL DISTINGUIDO POETA EL SR. D. JOSE M. ROA BARCENA

Muera el infame, loco así exclamaba
 Voltaire de un festin entre el estruendo.
 Muera el infame, y continuó bebiendo.
 Y era el hijo de Dios de quien hablaba.
 El Santo de los santos lo escuchaba
 Y al universo continuó rijiendo,
 Y las delicias de su Padre siendo
 Y el Padre del que así lo blasfemaba.
 Pero cansada la clemencia pía,
 Su copa vió agotada hasta el extremo,
 Y la faz con un velo se cubria.
 Del trono entonces del Señor Supremo,
 Salió una voz terrible que decia:
 Muera el infame y pereció el blasfemo.

Guanajuato, Diciembre de 1869.

ELOISA.

AL SR. D. MANUEL PEREZ SALAZAR.

SONETO.

De amor sedienta lo buscó anhelante,
 Sin descanso, sin tregua y por do quiera.
 Y no pudo saciar aquella hoguera
 Ni de Abelardo el corazon amante.
 Buscaba un algo inmenso, algo gigante
 Que llenara el amor de su alma entera,
 Y pensando que hallarlo no pudiera,
 En llanto se bañaba su semblante.
 Murió su amado sin morir su llama,
 Y siempre vió su pecho atormentado
 Del amor sin objeto que lo inflama.
 Pero al fin en el claustro retirado,
 Conoció á Dios, lo amó como á Dios se ama,
 Y aquel gran corazon se halló saciado.

Guanajuato, Diciembre de 1869.

ATALANTE E HIPOMENES.

SONETO.

Oyó el bello Hipomenes que existia
Una princesa de hermosura rara,
Y que á ningun doncel por mas que amara
Su fiero corazon rendido habia.

Supo tambien que no lo rendiria,
Sino al que en la carrera la igualara,
Y que el jóven audaz que atrás quedara,
Al momento y sin tregua moriria.

Rió el zagal del singular intento,
Y se burló de la que así orgullosa,
Miró al niño Amor con tal desvío.

Mas conoció á Atalante, y al momento
Al verla tan altiva y tan hermosa,
Aceptó enamorado el desafío.

SU CARRERA.

SONETO.

Lijeros van en medio del ruido
Y los aplausos del argivo coro.
El pensaba entretanto que un tesoro
Sin igual era el premio apetecido.

Ella al gallardo jóven atrevido
Miraba con amor, mas con decoro;
El lleva un ramo de manzanas de oro
En el jardin de HESPÉRO recojido.

El zagal detenerla pretendiendo,
Iba para salvar amor y vida,
Una á una las pomas desprendiendo.

La jóven las miraba complacida,
Y á recojerlas se iba deteniendo,
No por las pomas, por quedar vencida.

Guanajuato, 2 de Enero de 1870.

LA MUERTE DE MATUSALEM.

SONETO.

Era una tarde del ardiente estío,
El sol de Asia los árboles quemaba;
Dense vapor do quiera se elevaba,
Cubriendo el cielo de calor sombrío.

Sobre la sierra y sobre el valle umbrío
Al par, tibia la atmósfera pesaba;
Ni la brisa en las palmas susurraba,
Ni entre los sauces murmuraba el río.

Por el calor del día fatigado,
Tranquilo el pescador duerme en su barca;
Unido el mar está como un espejo;

Todo al reposo encuéntrase entregado...
Mas ya concluyo y no hablo del patriarca;
Baste decir que se murió de viejo.

Guanajuato, 29 de Diciembre de 1870.

SLEEP.

A MI BUEN AMIGO JOAQUIN GOMEZ.

Me preguntas, caro amigo,
¿Cuál es la dicha mas grata
Y hasta dónde llegar puede
La felicidad humana?
Para mí, hallarse no puede
La ventura deseada,
Ni en los tesoros de Creso,
Ni en el poder de un monarca.
Dicha indica, quietud dulce
Y tranquilidad, y calma
Y..... vamos, indica dicha.
Y esta, en el oro no se halla.

Cuando el gran Jove á la tierra
Repartió sus bellas dádivas,
Para traerlas al mundo,
Fué á cada dios encargándolas.
A Baco se le dió el vino;